

Selección RNR

ELIZABETH URIAN

*Nunca  
dejes de  
esperarme*



Romance Histórico

NUNCA DEJES DE ESPERARME

*Elizabeth Urian*

1.ª edición: octubre, 2014

© 2014 by Elizabeth Urian

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Depósito Legal: B 16923-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-866-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

## Prólogo

Argel, 1816

Durante más de cuatro siglos los corsarios berberiscos habían sido considerados un peligro en las aguas del Mar Mediterráneo, incluso en el Atlántico. Asentados en fortalezas del norte de África habían atacado costas y naves europeas, incautándose de numerosos botines y capturando rehenes para pedir un rescate o matando sin más.

La marina estadounidense, encabezada por el comodoro Stephen Decatur, intentó detener los abusos de los piratas berberiscos el año anterior. Incluso se firmó un tratado con el Dey de Argel, acordando la devolución de los navíos y piratas capturados a cambio de la entrega de todos los cautivos norteamericanos y una parte de los europeos. No obstante, tan pronto la flota zarpó hacia Túnez para forzar un acuerdo similar, se hizo caso omiso y las prácticas corsarias siguieron como hasta entonces.

Cuando centenares de pescadores cristianos fueron masacrados en las aguas del Mediterráneo, el gobierno británico envió una flota a la región. Esta dirigida por Edward Pellew, el almirante Exmouth. El veintiocho de julio a mediodía, la expedición partió de Plymouth y en Gibraltar se les unió la escuadra holandesa, tripulada por el vice-almirante Van de Cappellen. Anclados en el puerto recibieron un plano de las fortificaciones de Argel con detalladas instrucciones. Las defensas de la ciudad no eran fáciles de sortear, ya que numerosos cañones estaban repartidos por tierra y mar. Por ello, había que planear la estrategia con sumo cuidado. Además, había que sumársele el rescate del cónsul británico, que permanecía retenido en su propia casa. No iba a convertirse en una guerra larga, pero sí sería lo suficientemente contundente como para terminar con la piratería.

El ataque comenzó el veintisiete de agosto. Antes de eso, lord Exmouth, desde el *Queen-Charlotte* exigió al Dey cumplir ciertas condiciones: entregar al cónsul británico, así como la tripulación del *Prometeo* que había intentado el rescate; abolir las prácticas esclavistas, devolver el pago de los rescates y garantizar la paz con el rey de los Países Bajos.

La respuesta no llegó.

Eran las dos y treinta y cinco de la tarde. Todos los barcos estaban en posición, la mayoría de ellos frente al puerto. El *Queen-Charlotte* abrió fuego por estribor, siendo seguido a su vez por los demás buques. Tal era la precisión y el efecto destructivo que acabó con la puerta de entrada a la ciudad, las almenas y los cañones que la protegían.

La excelente posición del *Leander* le permitió destruir las embarcaciones cañoneras argelinas y las galeras, frustrando los planes de estos, ya que su intención era abordar los barcos ingleses. Viéndose cada vez más reforzados, se le encomendó al teniente Peter Richard la tarea de incendiar una fragata enemiga que se encontraba a poco más de cien metros, lográndolo con éxito, pero perdiendo la vida de dos hombres en el proceso. Hasta el buque *Queen-Char-*

lotte debió maniobrar para no ser embestido por el barco en llamas que iba a la deriva.

Mientras tanto, en el interior de la mole de piedra que hacía de prisión de la ciudad, era inevitable no temblar ante el ensordecedor sonido de los cañones. El bombardeo duraría nueve horas; hasta las diez de la noche. Los prisioneros, encerrados entre aquellas gruesas paredes, ajenos al desarrollo de los acontecimientos, rezaban en silencio. Habían logrado sobrevivir a aquel terrible cautiverio, algunos más de cuarenta años, ¿sería este su final después de subsistir a tantas penurias?

La mayoría eran pescadores cristianos que fueron olvidados en el trato con los estadounidenses, sin embargo, un joven inglés compartía celda con ellos. Poco se sabía de él. Según los rumores, se trataba de un grumete capturado tres veranos atrás. El hombre, poco aficionado a la cháchara, ni lo afirmaba ni lo desmentía y eso había contribuido a crear cierta aura de misterio sobre su persona. Algunos aseguraban que se trataba de un espía de la Corona británica. Tal manifestación era una locura si se tenía en cuenta que los guardias del Dey de Argel le prestaban poca atención y ni siquiera se había pedido rescate por él, pero el confinamiento provocaba esas cosas. Era mucho más entretenido hablar de la segunda opción que de la primera.

Había oscurecido cuando el bombardeo cesó, inundando la ciudad de un mortuorio silencio. El almirante Exmouth ordenó a los buques fondear fuera del puerto, a salvo del fuego enemigo. Estaba preocupado por las bajas y pidió un recuento: en total habría más de ciento cuarenta y un muertos y más de setecientos heridos. En el bando contrario, el número se multiplicaba por ocho.

El veintiocho de agosto volvió a enviar una nota al Dey de Argel con las mismas condiciones que el día anterior. Si no las cumplía, sus hombres volverían a abrir fuego. Era un farol, ya que las municiones de las tropas aliadas estaban bastante mermadas; no obstante, esta vez el viento sopló a su favor y el acuerdo fue aceptado.

Pasarían unos días hasta que todos los esclavos, más de mil, fueran liberados y devueltos a sus hogares. Entre ellos, estaba Julian Montague.

## 1

*Para algunos, el tiempo lo cura todo; para otros, solo lo empeora.*

*Londres.*

Los cuatro hombres andaban a paso ligero. Dos de ellos, nada acostumbrados a corredores oscuros y algo malolientes, soportaban el silencio que, en otras circunstancias, resultaría menos opresivo. Los acompañaba Simon O'Neil, el hombre que las autoridades habían asignado para verificar el reconocimiento. No había abierto la boca más que para saludarles con formalidad. El otro, se había autodenominado «cuidador», pero empezaban a sospechar que «carcelero» sería más apropiado.

Aunque hubieran deseado visitar el lugar cuando la luz del sol alcanza su punto más alto, les aconsejaron hacerlo al caer la tarde. En ese mismo momento, dudaban de lo acertado de la decisión.

El corredor, un tanto más estrecho que el que acababan de dejar atrás, estaba ennegrecido por el paso del tiempo, o eso quisieron creer los visitantes. A esas alturas, ya deseaban que todo terminara, pero sabían que lo peor estaba por llegar. De repente, se ensanchó en una forma tan antinatural que creyeron haber cambiado de edificio. Solo cuando cruzaron la ancha sala, se percataron de los lamentos, lloros y quejidos del otro lado de la pared.

Escalofriante.

—Es aquí —les avisó el hombre que les guiaba—. El doctor no permite entradas indebidas en la sala, así que, si desean esperar, iré de inmediato a avisarle.

Los dos forasteros se miraron entre sí y asintieron un tanto aliviados. Incluso el señor O'Neil pareció sentirse aligerado de una carga invisible. Nadie dijo palabra.

Cuando el otro desapareció tras la puerta, los sonidos crecieron y se entremezclaron. Hubo exclamaciones y súplicas que podían atribuirse a mujeres. A su vez, unos golpes intensificaron el griterío colectivo hasta hacer que los tres dieran un paso hacia atrás con el rostro algo desencajado y el vello de la piel erizado por completo. Al instante, y con una pavorosa sincronización, todo terminó. El silencio imperó de nuevo, pero no sabían si este inspiraba más confianza que el anterior clamor desesperado. La puerta se abrió de nuevo y tras el hombre que les había acompañado apareció otro, mucho más bajo y con incipiente calvicie. Era el médico.

—Buenas tardes —su sonrisa, dadas las circunstancias, era afable—. Ustedes deben ser los que esperábamos. Ya llevamos unos días impacientes por saber de ustedes.

—Los trámites burocráticos —respondió el mayor de los visitantes—, ya sabe.

—Sí, cada vez ponen más trabas —el representante de las autoridades que les acompañaba no hizo comentario alguno—. Si quieren seguirme... Espera-

mos solucionar todo este desagradable asunto lo antes posible.

Reemprendieron la marcha por un corredor adyacente mientras los sonidos extinguidos volvían a cobrar vida. Todos se alegraron de alejarse. El médico se situó a un lado de los hombres. Caminaba con lo que parecía una sonrisa en los labios, como si el lugar en el que se encontraban y en el que trabajaba a diario no lo perturbaba en absoluto.

Llegaron a unas escaleras y subieron precedidos por el cuidador, mientras que el señor O'Neil cerraba la fila.

—Espero que no se sorprendan cuando vean dónde lo tenemos, pues su comportamiento nos ha obligado a ello —se excusó el médico—. Hemos necesitado más de cinco hombres para reducirlo y apartarlo de los otros... huéspedes.

Que calificara como tal a esa masa de degenerados que habían dejado atrás los llenaba de horror.

—¿Se ha puesto violento? —siguió preguntando el mayor de los visitantes.

—Algo así —la ambigüedad de sus palabras les hizo pensar que aquel a quien iban a ver, no se lo había puesto nada fácil—. Trabajamos en una institución nada agradable pero necesaria para que nuestra sociedad siga manteniendo a raya la locura que nos invade. Por lo general, y con la debida dosis de disciplina, se mantienen calmados y receptivos, pero con él nada ha servido.

—¿Lo han maltratado? —preguntó el acompañante más joven. Si cabía la más mínima posibilidad de que el hombre que iban a visitar era quien ellos creían, eso era imperdonable.

—No, no —negó el médico. Era evidente que mentía—. Tan solo le hemos aplicado una ración mayor de nuestros cuidados —a saber qué quería decir eso. Lo más probable es que no fuera nada bueno—. Tienen que tener en cuenta el deplorable estado con el que llegó a nosotros. Según me han dicho, y que supongo puede corroborar el señor aquí presente —señaló al enviado por el gobierno—, no facilitó el trayecto de vuelta a Inglaterra a nadie del barco que lo transportaba. Solo habló para decir su supuesto nombre y desde ese momento se mantuvo en completo silencio. Además, tuvieron que encerrarlo en la bodega porque se negaba a ser tocado y destrozó un camarote entero.

Ya les habían informado de todo eso, pero no les gustó que usara esa información para justificar su comportamiento.

Cuando llegaron al rellano superior, a su izquierda, divisaron una hilera de puertas, todas ellas cerradas. En la parte central de cada una, había una mirilla lo bastante grande como para observar a través de ella y lanzar algo de alimento, poco más. Se detuvieron en la cuarta.

—¿Es aquí? —el hombre de mayor edad lo preguntó con algo parecido al respeto.

El médico asintió, pero antes de abrir les advirtió que se mantuvieran en el quicio de la puerta y no hicieran movimientos demasiado bruscos. Acercarse a él estaba prohibido de forma terminante.

—Así evitamos disgustos innecesarios —aclaró. Abrió la mirilla y acercó la luz para mirar el interior. Estuvo un momento callado y al final asintió, al parecer satisfecho con lo que había visto.

La puerta no estaba engrasada y chirrió de una forma monstruosa.

—¿Dónde está? —el más joven habló tan bajo que por un momento pensó que nadie lo había oído.

—Allí mismo —señaló un punto indefinido de la oscuridad—. ¡Eh, tú, ven y ponte bajo el halo de la luz! —la áspera orden no fue obedecida de inmediato, pero tras casi medio minuto de inactividad, se percibió un movimiento acercándose.

Los dos hombres se echaron para atrás de forma instintiva cuando la luz de las velas dejó ver un mugriento hombre. El pelo, enredado y de un dudoso color oscuro, caía de forma descuidada sobre los hombros. Tenía la palma de la mano izquierda vendada y lo que se percibía como unas uñas negras y rotas, aunque no podían asegurarlo. La barba era tan espesa que ocultaba la boca por completo y la ropa, tan sucia que podía olerse desde la entrada, hacía un flaco favor a una buena primera impresión. La extrema delgadez del individuo contaba mil historias de hambruna y sed, pero a pesar de ello, el hombre de la celda conseguía mantenerse erguido bajo el intenso escrutinio al que era sometido, al igual que tantas veces en los años anteriores.

—¿Creen que es él? —la voz del representante del gobierno les sacó del trance—. ¿Es el que buscan? —nadie dijo nada.

—No estamos seguros —la voz vacilante del joven se oyó con absoluta claridad. Mientras lo decía, miraba fijamente a los ojos azules del desgraciado habitante de esas cuatro paredes. A pesar de la poca luz, estos brillaban como el lapislázuli y nadie, ni siquiera él, podía quedar indiferente.

El «carcelero» cerró entonces la puerta y acto seguido fueron invitados a alejarse del lugar. Ya estaban a mitad de las escaleras cuando un largo y desgarrador grito los detuvo. El morador de la celda mostraba su desacuerdo.

De nuevo la oscuridad. Seguía de pie en el mismo sitio en el que el halo de luz le había salpicado con su calidez. Retenía en su memoria los cinco pares de ojos que le habían observado, pero solo dos le habían juzgado y devuelto a la soledad de su miseria. La espera había finalizado y el resultado era menos que satisfactorio. No importaba, esperaría un poco más.

Los recuerdos se agolparon en su memoria. Tantos y tan intensos que uno podría volverse loco con todos ellos. Qué terrible ironía, pero no había vuelta atrás. Alguien se tomaba muchas molestias para trazar su destino y él no iba a decepcionarlo. Pronto, muy pronto, saldría de nuevo a la luz. Esperaba que, cuando encontrara todas las respuestas, estas no lo redujesen de nuevo a la oscuridad. Siguió con su actuación... y gritó.

\*\*\*

—¿Lo viste, lo reconociste? —Gregory Montague, actual conde de Beauford, se paseaba por la biblioteca de la mansión que la familia tenía en Londres en un estado de ansiedad impropio en él.

—No sé qué decir —su tío, Richard Montague, le miraba con la misma preocupación marcada en sus facciones—. Por un momento me pareció... —no supo cómo continuar.

—Sí, sus ojos, ¿verdad?

Gregory pensó que jamás volvería a contemplar esos ojos tan característicos. Ni el rostro, el atuendo o el cuerpo casaban con la imagen que tenía de su

difunto hermano mayor, pero los ojos... o sí, esos ojos. No sabía si alegrarse o maldecir por ello.

—En efecto. Y si tú lo notaste es que debe ser cierto. Dos personas tan cercanas a él como nosotros no pueden estar tan equivocadas.

Eso pensaba Gregory, pero se resistía a creerlo. Sí, quería con todas sus fuerzas recuperar a su hermano, pero el estado en el que estaba era preocupante. Así se lo dijo a su tío.

—Además, a saber las secuelas que le habrá dejado el cautiverio en Argel.

—¿Qué quieres hacer entonces, dejarlo allí? —su tío no daba crédito.

—Con sinceridad, se me ha pasado la idea por la cabeza.

Gregory no se tenía por un hombre egoísta, ni proclive a provocar daño en los demás de forma deliberada o cruel, pero a sus veintiséis años de edad y después de enterrar a su hermano mayor y heredar el título de la familia, sopeaba las consecuencias que acarrearían aceptar que ese hombre irreconocible, que estaba encerrado en la parte alta del sanatorio más famoso de Londres, era el mismo que desapareció tres años atrás y que dejó a su familia sumida en la más absoluta tristeza. Tras búsquedas infructuosas en alta mar se tuvo que admitir que el cuerpo nunca sería hallado, y entonces, los Montague dieron a Julian Montague por muerto de forma oficial y se dispuso todo para que él mismo, el hermano que prefería disfrutar de la vida y sus comodidades, heredara el título y asumiera el cargo que le correspondía por legítimo derecho, pues Julian y su cuñada no tenían descendencia.

Una semana atrás, les llegó la inesperada y extraordinaria noticia de que un preso rescatado de Argel afirmaba llamarse Julian Montague, conde de Beauford. Este, después de un viaje en barco, había sido puesto bajo custodia militar, pero su temperamento y circunstancias especiales le habían derivado al sanatorio del que acababan de llegar.

Así, con dudas y esperanzas, George había dispuesto viajar a Londres con presteza junto a su tío para tratar de determinar la identidad real del sujeto. Incluso antes de verle había mantenido la ilusión de encontrarlo en óptimas condiciones, pero ahora comprobaba cuan ingenuo había sido.

Y el grito. Todavía se estremecía al recordarlo. ¿Cómo podía reconocerlo como su hermano y atreverse a llevarlo a su casa?

—Mañana tendremos que dar una respuesta —le recordó Richard.

Richard Montague. Lo miró con evidente afecto. Su tío tenía cincuenta años y un aspecto pulcro. No era un hombre vanidoso, pero tenía especial interés en su cuidada barba. Gracias a él había conseguido mantenerse cuerdo y dar los pasos correctos para no dejar que su familia se hundiese. Sin su constante apoyo y sabias decisiones, ahora su familia solo sería un triste recuerdo. Incluso en los malos momentos y abrumado por el dolor se había mantenido fuerte, un pilar de sustento que él habría sido incapaz de representar. Si las leyes fueran otras y hubiera podido cederle el título de conde, lo habría hecho con gusto. Richard lo habría sabido llevar con orgullo y valentía. Estaba seguro de que su hermana y Catherine pensaban igual.

Acceptó la copa de licor que este le ofreció y se sentó junto a él cerca del fuego, que algún criado se habría afanado por encender y avivar. Bebió un sorbo largo y lo saboreó. La deliciosa calidez que lo llenó consiguió relajarle hasta cierto punto.

—No sé qué hacer, tío —las dudas lo carcomían, pues la decisión final le correspondía a él—. Una parte de mí quiere dejarlo allí, ya que estoy seguro de que llevárnoslo a casa nos dará muchos problemas, pero por el otro... —vaciló, como si decirlo en voz alta lo hiciera realidad—. ¿Y si es él? ¿Y si nos reconoció?

—El médico nos dijo que, aunque no se le puede clasificar como loco, los traumas por los que ha tenido que pasar han podido desestabilizarle por completo. Está seguro de que es incapaz de reconocer a nadie.

—Pues si te soy sincero, podría jurar que sabía quiénes éramos.

Richard Montague también tenía esa corazonada, pero no sabía hasta qué punto todo era producto de su vívida imaginación. Si al menos presentara otro aspecto...

—Lo que más me impactó fue su apariencia —Gregory puso en palabras lo que él mismo pensaba—. Julian era un hombre lleno de vida. Verlo así me estremece. No sé qué pensar.

Los dos se dieron cuenta a la vez del significado de sus palabras. Era como si en su interior, ya hubiera aceptado la identidad del hombre. Y tal vez así era.

\*\*\*

*Esa misma noche en la península de Penwith, Cornwallles.*

—¿Estás ocupada? ¿Puedo pasar? —la joven Sophia se adentró en la habitación de su cuñada. Durante algún tiempo había dudado sobre cómo referirse a ella puesto que era la viuda de su hermano mayor, pero al final había reconocido que siempre la sentiría como tal, aunque acabara casada con otro.

Con el vaivén de la falda de su vestido color violeta se acercó al ventanal de la habitación de Catherine, considerada todavía como la de la condesa. A pesar de su título de viuda, esta nunca se había sentido así y lo había manifestado en multitud de ocasiones durante los pasados años. Ahora, permanecía pensativa mientras miraba al exterior.

—Siéntate a mi lado. No me apetece tener que girar la cabeza para hablar contigo —el tono suave de Catherine fue poco menos que contundente. Acostumbrada desde su nacimiento a una posición elevada, había aprendido que sus apacibles maneras y su dulce voz no eran impedimento alguno para conseguir ser obedecida al instante.

Mientras los hombres se iban a Londres a tratar de discernir si el sujeto que afirmaba ser Julian Montague era quien decía ser, las mujeres esperaban ansiosas. Si el modo de hacerlo de Sophia era recorrer la casa arriba y abajo mostrando un evidente nerviosismo, el de su cuñada y amiga era todo lo contrario. Esta conseguía controlar sus emociones y aparentar que no sucedía nada más extraño que tener un invitado inesperado a la hora del té.

Y si eran diferentes en su forma de proceder, también lo eran en el físico. Catherine, la mayor de las dos, era una rubia con aspecto angelical que le daba un aire juvenil perpetuo. A pesar de sus veintitrés años, aparentaba muchos menos, casi como una debutante. En cambio Sophia, con solo dos años menos, con su pelo castaño oscuro, unos rasgos algo angulosos y pómulos muy marca-

dos, representaba una diosa terrenal, todo fuego e impetuosidad. Tan diferentes y a la vez tan amigas. Se habían querido y respetado tan pronto Catherine había pasado a formar parte de los Montague. Incluso ahora, el lazo que las unía se hacía más fuerte.

—¿Qué crees que estará pasando? —Sophia era la reina indiscutible de las preguntas. Cuando empezaba era incapaz de detenerse.

—No lo sé —y era verdad. Solo podía imaginárselo.

—Yo solo tengo ganas de que sea él. ¿Te imaginas? Como un milagro. Deseas lo mismo, ¿verdad?

Catherine pensaba que sí. No, estaba segura de ello. Había rezado tanto por un milagro como ese durante tantas noches... Aun así parecía haber pasado siglos desde que lo pensara por última vez. Aunque se había aferrado a la idea de que sin cuerpo no existía evidencia, a la larga, una parte de su mente se había acomodado a su ausencia. Y ahora tenía miedo. Sí, de muchas cosas, pero sobre todo de cómo afectaría a su matrimonio. Ninguno de los dos era la pareja enamorada que se despidió pensando que solo se separaban por unas semanas. Ella había madurado sin su compañía y él, vete tú a saber qué. Si era cierto que había sido prisionero en Argel, los cambios podían ser profundos e irrevocables. Pero no quería pensar en eso. Primero quería tener la certeza de que su marido estaba vivo.

—Sí —le respondió con la simpleza de una palabra, porque estaba segura de que era lo que deseaba oír.

Aunque Sophia quería mucho a Gregory, sentía una verdadera adoración por Julian. Quedó devastada cuando les llegó la noticia de su desaparición. Todos padecieron mucho y no le era posible escoger quién había sufrido más.

—Llevo varios días soñando con él. ¿Te lo he contado? —su cuñada negó con la cabeza—. Estamos en un jardín, no sé cuál, celebrando una fiesta y de repente aparece él, vestido de fantasma y asustando a todos los invitados. Era extraño, como si no fuera él mismo o no pudiera controlarse. Yo lloro, no os veo, pero él se acerca a mí y me abraza. Ya no es un fantasma y lo oigo reír tan feliz como era antes. Vaya tontería, ¿verdad? —las lágrimas se habían agolpado a los ojos de Sophia y Catherine le cogió la mano en señal de consuelo.

Sophia, la querida y valiente joven que no había disfrutado de la presentación en sociedad que tanto se merecía y por la que había suspirado durante meses. La que desistió de intentarlo al año siguiente a la desaparición de Julian porque todavía esperaba que su hermano regresara. Y la que jamás pudo hacerlo a causa de un luto que, si lo que afirmaban las autoridades se confirmaba, nunca debió existir.

Quiso prometerle que sería él, que ambas recuperarían al hombre que amaban, pero la realidad se impuso.

—Me da miedo esperar —confesó en voz baja—, pero todavía me aterra más que solo sea una falsa esperanza, porque entonces, ¿qué me queda?

—Nos tienes a nosotros —Sophia parecía muy segura de ello—, y a tu familia. Sea cual sea el resultado.

Pero Catherine lo tenía claro. Había vivido en la apatía mucho tiempo, aferrándose a una esperanza que ya nadie conservaba. A estas alturas, si su marido hubiera muerto en circunstancias que pudieran aplicarse como normales, viviría en otro sitio y tal vez se hubiera dado la posibilidad de volver a enamorarse, o al menos volver a querer formar una familia. Gregory se casaría y haría a

su esposa condesa de Beauford. El mundo seguiría girando y todo se olvidaría. Pero ahora, las circunstancias la obligaban a darse cuenta de que si el individuo que afirmaba ser su marido no lo era, tenía que marcharse de allí. Quizás volver a casa de sus padres o comprar una casita en donde vivir tranquila mientras dejaba que el tiempo le curase las heridas.

—Lo sé —le respondió. Había ganado una familia maravillosa.

—Bien, pues ahora basta de ponernos melancólicas y bajemos a cenar.

Sophia tiró de ella y, a pesar de querer estar sola, pensó que una charla informal le vendría bien.

No fue hasta mucho más tarde, cuando ya se disponía a acostarse, que agradeció la presencia de la muchacha en su vida. Aunque ella tenía su propia angustia, se había esforzado por resultar entretenida y hacerle reír de vez en cuando.

Mientras se cepillaba el lustroso pelo dorado con el cepillo que le había regalado Julian, miró hacia la puerta que comunicaba su dormitorio con el del conde y que nunca usaron. Una vez casados, prácticamente siempre durmieron juntos.

Se levantó con una sonrisa en los labios y abrió la puerta. La habitación estaba tal cual la encontró el primer día que pisó la casa. Incluso ahora, Gregory, que hubiera podido desplazarla a otra estancia, le había permitido seguir ahí. Este se negaba a utilizar una habitación que estaba destinada para su hermano mayor.

Así que en esos aposentos tenía de todo, pues la habitación de los condes tenía una antesala que Catherine utilizaba de despacho privado. Allí escribía sus cartas y leía su correo. Los sirvientes la visitaban para pedirle las instrucciones del manejo de la casa, pues seguía ostentando el título de condesa de Beauford. Incluso las visitas de sus allegados más próximos eran recibidas allí.

«Te echo de menos», el pensamiento se le escapó, como tantos otros. Parecía inaudito que después de tres años todavía fuera así. Quizás estaba enamorada de un recuerdo, pero le costaba refrenarse.

Recordó la primera vez que se vieron. Era su presentación en sociedad y se sentía torpe y fea. No se había dado cuenta de las hermosas jóvenes que harían lo mismo que ella y pulularían por los bailes en busca de un candidato que pidiera sus manos en matrimonio. Cuando descubrió que todas tenían el mismo objetivo, decidió contenerse y se impuso alejar ese pensamiento para sustituirlo por otro mucho más beneficioso y menos estresante: disfrutar de las veladas sin pensar en boda. Su padre, el marqués de Penderton, le dijo a su preocupada esposa que hacerlo no supondría la ruina social de su hija, sino todo lo contrario. Y estaba en lo cierto. En cuanto dejó de obsesionarse por intentar encandilar a un posible partido y mostró total indiferencia por ello, estos empezaron a demostrar un interés muy superior al que su padre había predicho.

Lo cierto es que le interesaron algunos, pero en cuanto puso de nuevo los ojos en él, supo que sus días de soltera tocaban a su fin. Esa seguridad no se debía a impulsos amorosos por su parte ni por la de él, sino por el convencimiento de que esa sería la proposición que su padre aceptaría.

No es que fuera más lista que la mayoría ni que tuviera poderes adivinatorios, pero Julian Montague, conde de Beauford desde la tierna edad de doce o trece años, era de sobra conocido por su familia, o al menos por la relación que el tío de este y su padre mantenían. No eran amigos, pero les unía algo que era

lo bastante importante como para ser valorado de forma positiva. Más tarde descubriría que, en tiempos en los que el difunto conde seguía vivo, estos también mantenían una relación más que cordial.

Ella, por su parte, también los conocía, aunque poco, eso sí. No habían sido presentados formalmente, ya que el recuerdo que tenía de él se remontaba a su infancia. Los Montague y los Penderton eran algo así como vecinos en el sur de Cornualles. No vivían muy cerca, ya que el sitio donde residía en la actualidad estaba apartado, pero cuando uno vive en lugares lejos de la bulliciosa capital londinense, cualquier evento es visto como la oportunidad idónea para disfrutar de una agradable jornada bailando, charlando, bebiendo, comiendo y conociendo a sus vecinos.

Catherine recordaba haberlo visto en contadas ocasiones, pues los cinco años de edad que los separaban era toda una vida entre hombres y mujeres. Había coincidido más a menudo con su hermano menor y, por supuesto, la benjamina de la familia, pocos años más joven que ella.

Así que, cuando en una de las multitudinarias fiestas a las que asistía le fue presentado de forma oficial, no tardó ni media pieza de baile en comprender sus intenciones: él quería hacerla su esposa.

En tan solo una semana supo que sería un buen partido. Julian era guapo aun sin ser el epítome de la belleza masculina. Sus modales eran impecables y su historial, del cual fue convenientemente advertida, no era ni mucho mejor ni peor que los de muchos petimetres que andaban por allí. No se le conocían vicios peligrosos y, si tenía alguna amante, nadie lo sabía. Emery Winthrop, su padre, la llamó al estudio de su casa en Londres cuando acababa de decidirse.

—Catherine —empezó muy serio mientras paseaba alrededor del mullido sofá en el que se había sentado—, he recibido una docena de proposiciones de matrimonio en lo que llevo de día y solo espero saber tu opinión.

En honor a la verdad, su padre no pensaba dejarla elegir con total libertad, pero ella ya lo sabía. Aun así, le enumeró la lista de hombres que la pretendían. Dejó la de Julian para el final y evaluó su reacción.

«Pobre padre, debió de sentirse muy desilusionado cuando no moví un solo músculo».

A continuación, le relató las deficiencias que encontraba en cada uno de ellos, llegando de nuevo al último nombre.

—He indagado en su vida a conciencia desde que empezó a ser asiduo de tu compañía y a enviarte muestras de aprecio —con ellas se refería a dulces y flores que le eran mandadas cada mañana sin falta al domicilio familiar de la capital— y he de decir que no he encontrado nada que me haga desconsiderarlo.

Catherine entendió a la perfección lo que pretendía decirle. Ella era la hija de un marqués y, como tal, esperaba un matrimonio con un hombre del mismo rango o superior. Julian solo era un conde, título nobiliario por debajo del que ostentaba su padre. Que este lo tuviera como único candidato, puesto que a los otros los había despachado con suma facilidad, indicaba que su fortuna, personalidad e historial solo ayudaban a ensalzarlo. No obstante, le hizo la pregunta que su progenitor había deseado escuchar.

—¿Qué pretendes que haga, padre?

Él se lo dijo de forma clara: quería a Julian Montague como yerno. No iba a ser ella quien le dijera que ya había decidido escogerle como esposo. Que creyera que había sido él quien le había puesto la idea en la cabeza.

—Llegarás a quererle, ya verás —le dijo en ese último instante en que su vida empezaría a dar drásticos cambios. Su padre no podía asegurarlo, pero entendía que quizás era su forma de convencerse. No le guardaba rencor por ello. Hizo lo que creía que era mejor para ella.

Esa noche, antes de salir a otra fiesta, Julian acudió a su casa a proponerle matrimonio. No fue más romántico de lo que se podía prever, pero Catherine no lo esperaba de otra manera. No se amaban, pero esperaban que a la larga el enlace fuera plácido y fructífero. Ninguno de los dos pensaba en amores desgarradores y pasionales. Eso solo existía en los sueños de tontas jovencitas y poetas ingenuos.

A partir de ese mismo día, la vorágine la engulló. Allá donde iban eran presentados como prometidos. Él la acompañaba a todas partes, para consternación de algunos caballeros y envidia de la mayoría de damas. Fue atento, complaciente y, en alguna ocasión, hasta tierno. Jamás había pasado tantas horas en compañía de otra persona, a excepción de sus hermanas y hermanos. Poco a poco, mientras los preparativos de la boda se afianzaban a una velocidad vertiginosa, empezaron a conocerse. Abandonaron la temporada social en cuanto tuvieron todo lo necesario, pues seguir en ella ya no resultaba conveniente. Catherine lo aceptó todo de buena gana y, al poco tiempo de volver a su casa para tener la boda lista, descubrió que sus sentimientos por Julian habían cambiado de forma variable hasta alcanzar un estado que cualquiera habría podido definir como enamoramiento juvenil.

Se casaron una soleada y fría mañana de domingo en Cornualles, bajo la mirada atenta de familiares, amigos y vecinos. La recepción posterior fue todo un éxito que podría atribuirse más que nada a los Penderton, pues eran las mujeres quienes se ocupaban de esos menesteres, ya que era bien sabido que la única fémica Montague era su recién estrenada cuñada, aún una jovencita menor de edad.

Si en ciertos momentos Julian le pareció serio o reservado, comprobó que no era su talante habitual y fue descubriendo que su marido albergaba por ella sentimientos parecidos. Podía decirse que estos habían ido creciendo a la par.

Catherine recordaba el primer año de matrimonio como un cuento de hadas. Su amor por él era algo que nunca creyó que fuera a ocurrir. Julian la hacía sentirse amada y deseada, por lo que, cuando surgió el problema y tuvo que embarcar, jamás pensó que lo perdería poco después.

Solo ahora, paseando de una habitación a otra sentía que aquello que tuvieron no regresaría jamás, y que quizás no tendría ni el matrimonio sereno y placentero que anhelaba en su juventud. El futuro era negro y el miedo le retorció las entrañas. ¿Deseaba que su marido fuera el prisionero que habían rescatado de Argel o prefería seguir siendo una viuda segura y confiada? Carecía por completo de respuesta.